

OBJECIONES

CONTRA LA PROVIDENCIA

*Deducidas del mal moral.*

La mas insidiosa y la mas temeraria de las objeciones que se hacen sacrílegamente contra la providencia de Dios, es la que se toma del mal moral, del pecado. La cuestion se establece en los mismos términos y bajo el mismo dilema que hemos anunciado respecto del mal físico, y no se olvida robustecer la dificultad, con la observacion estudiada de que es verdadero mal; y no reputado así solamente por nuestra corrompida naturaleza que prefiere el halago presente al bien futuro.

La falacia de este argumento consiste en el juego que se hace de la palabra mal. ¿A quién se refiere, á Dios, á la sociedad ó al individuo que delinque?



El hombre en su orgullo todo lo concentra en sí, cuando el yo debe desaparecer de todas las cuestiones filosóficas y morales, de todo lo que atañe al Ser infinito ó al bien procomunal de la humanidad entera; ¿Cómo invocarse por la criatura ese individualismo y conveniencia privada, y cómo pretender que sea la norma de la conducta y de las leyes de la infinita sabiduría! En la creación es el hombre individualmente solo una pequeña parte de un conjunto ordenado, por mas que su soberbia pretenda hacerse centro de las combinaciones mas asombrosas en el dilatado curso de los siglos.

Examinemos para quién tiene el carácter de desgracia, y suma, el pecado, que es el verdadero y único entre todos los males.

Dios crió el mundo para ostentar sus divinos atributos; y ningun bien se le sigue de los actos de la humanidad, ni le resulta tampoco mal alguno de nuestra desobediencia y procaz ingratitud. A ese Dios inmutable no le puede destronar de su alto asiento la rebelion de los hombres: su gloria divina irradia brillante, á pesar del impío y del blasfemo; su misericordia resplandece en la infinita paciencia con que tolera la audacia atrevida del que frente á frente desafía su poder, y su justicia se patentizará con el que obstinado no apro-

veche el tiempo del perdon y del arrepentimiento. Para glorificarse á sí la Providencia, le basta su mismo testimonio y el conocimiento de su propia esencia. ¿Pues para qué necesita Dios del hombre? y cuando puede este sustraerse de manifestar ó bien la clemencia de la bondad divina, ó bien la inflexibilidad de la justicia infinita; luego respecto al creador ningun mal le resulta del pecado, ni este trastornará nunca los planes altísimos de la suma sabiduría, ni podrá impedir que tenga su verificativo, el fin que se propuso Dios en la creación.

Tampoco el mal moral lo es verdaderamente hablando para los demas hombres, sino que sus consecuencias vienen á referirse, respecto de ellos, al mismo mal físico con idénticos resultados. El iracundo Cain, aguijoneado por el odio que le inspira su inocente hermano Abel á causa de su virtud que escita la envidia de aquel execrable fraticida, nos suministra un brillante testimonio de que, los hombres con todo su poder y maquinaciones, con toda su decision y sus esfuerzos, jamas pueden quitarnos la vida del alma, aunque muchas veces se les tolera que opriman á sus semejantes y les priven de la existencia temporal, como cualquiera otro ser, uno de nuestros humores cualquiera elemento de vida de-



sencadenado, puede anticipar el fin de los días con que esperábamos contar naturalmente.

El mal moral no es propiamente mal para el que no le comete, sino que por el contrario puede ser fecunda fuente de muchos bienes y merecimientos. La constancia asombrosa de los mártires y las triunfales coronas que los ciñen, nos persuaden de que, la injusticia agena y la tentacion rechazada por nuestra parte, no son males para nosotros; sino principio de una suma felicidad y bienandanza. Así lo entendió José cuando prefirió arrostrar las iras de su señora á obtener su gracia, por reprobada condescendencia; y así tambien lo comprendió Susana, cuando sujetándose á las apariencias de criminal, mas bien que á serlo realmente, se resignó á morir apedreada con afrenta.

Sin estos sentimientos generosos la Romana Lucrecia, sucumbe al temor de los visos de delincuente, abrazando la realidad; y á pesar de que movido por la misma filosofía, su esposo y los amigos de este, no reconocen en ella culpa alguna, se siente manchada y caminando de error en error, consume el mayor de los crímenes dándose la muerte. Ya lo veis, los Santos José y Susana, el primero en una cárcel y la segunda en medio de un populacho pronto á despedazarla, claman á Dios en quien

confian; mientras que Lucrecia se olvida del cielo, se quita la vida y sus palabras respiran el orgullo de ser admirada, presentándose como modelo y muy concentrados deseos de venganza.

La apariencia del crimen no la hubiera contaminado con el mal moral, ni pudo manchar su alma; sino que por el contrario los sufrimientos y la deshonra atraídos sobre ella, y el desconcepto público á causa de una calumnia se le habian de haber retribuido sobreabundantemente por un Dios todo justicia y misericordia. Quién sabe cuántos gentiles habrán merecido una revelacion especial, ya en el curso de su vida ó en la hora de su muerte, por haberse sujetado mas bien al mal físico que á cometer el moral; siendo mártires por no desobedecer las santas inspiraciones de un Dios bueno que prescribe la virtud; porque lo repetimos una y mil veces, el mal moral no es verdaderamente mal, sino que solamente tiene el carácter de mal físico, para el que, sin contaminarse con él, recibe sus consecuencias exteriores; por lo que puede ser fuente de muchos bienes materiales y morales para el alma y para el cuerpo en esta vida ó en la otra.

El pecado sí es un verdadero mal para el que le perpetra ¿mas por qué? porque ofende



y agravia, porque menosprecia á un Dios justiciero ¿Y puede darse mayor bondad en el Ser infinito que tolerar tanta audacia por el bien de los mismos que le ofenden, á quienes les inspira el arrepentimiento y los convida con el perdón? ¿Y puede darse mayor impudencia que la del que delinquiendo y causándose el mal gravísimo del pecado culpe, á quien ofende, rebelde é ingrato? Acútese á sí solo el pecador del castigo y consecuencias de sus culpas, con la misma severidad con que juzga los hechos ajenos, que solo se los echa en cara al que los comete; pues únicamente los impíos se acuerdan de imputar á la Providencia que el hombre delinca, cuando teniendo que reconocerla por todas partes, les oprime la santa presencia de un Dios que los atiende sin cesar, y de cuya vigilancia no pueden sustraerse ni un momento. Por eso su despecho y sus calumnias, por eso sus teorías y sus diatribas, como maldice el delincuente el ojo vigilante que le acecha, y quisiera hacer desaparecer al que conoce los horribles crímenes de que es responsable.

Esta es la argucia de las pasiones y la injusticia del que se ha engolfado en la iniquidad; como el condenado por sus delitos torna contra su juez el odio que debían inspirarle sus crímenes, y como todo el que yerra

busca con quien descargarse á sus mismos ojos de la imprudencia de su conducta: así los impíos, lejos de sacar algun partido del mal y del daño causados con sus desórdenes, tanto á sí como á otros, aumentan injusticia á la injusticia, é iniquidad á la iniquidad. Porque ¿quién sino el que es reo en una escala muy prominente, acusa á Dios de los delitos de los hombres?

Sin embargo es muy fácil que convenzamos á semejantes sofistas de que de otro modo juzgan habitualmente: que palpen una escandalosa injusticia y se verán movidos á reconocer la necesidad de una Providencia reparadora; y si ellos son la víctima ¿á quién acusarán? Por eso el que conserva un corazón recto, se confunde mas bien de una paciencia infinita que tanto tolera y de la que todos abusamos muchas veces.

Algunos dicen ¿por qué Dios no ha hecho impecable al hombre? Que nos contesten á su vez ¿podria ser el mortal merecedor sin lucha que sostener?

Muchos desearan un Dios á su antojo y que empleara todo su poder y su sabiduría en hacerlos gozar sin zozobra y sin que les pusiese freno á sus apetitos y pasiones. Está bien para ellos que todas las criaturas inferiores presten su vasallage al hombre y que



no gocen un destino para el que está llamada la descendencia de Adan. Pretenden que el Altísimo por sola consideracion á su criatura racional, haya formado todas las cosas. El hombre inteligente y libre es en efecto mas agraciado que todos los demas seres de la creacion; porque tiene un empleo mas elevado, el de ostentar y reconocer las maravillas de su Hacedor, las perfecciones divinas; mas en cambio aventura tambien una infelicidad eterna, á la que puede conducirle esa libertad que le engrandece sobre las otras criaturas, las cuales no pudieran quejarse por lo mismo de que, una justa y sabia Providencia, sin razon alguna, las reservara para servicio de unos seres que como ellas son finitos. El hombre es el rey de la naturaleza, por su destino que tambien le impone deberes sublimes y delicados peligros que aunque en su mano está cumplir con aquellos y evitar estos, tiene que vencer obstáculos y que sobreponerse á recios embates; y por lo mismo es merecedor. Los seres mas elevados han tenido que formarse la aureola que ahora los rodea.

Estas doctrinas que nos enseña la recta razon, las corrobora con dos sucesos notables el cristianismo, esa religion que profesan los pueblos ilustrados del globo.

Los ángeles y Adan y Eva, han sido mas privilegiados que el comun de los hombres, pues entre los primeros, los que contra Dios se revelaron, nos atestiguan que tambien en esas nobles gerarquías, hubo lucha y tentaciones correspondientes á la categoría de espíritus tan sublimes, pues se desplomaron del Empíreo tantos y tan colmados de gracia. Adan y Eva sucumbieron á una prueba á mi juicio mucho mas fuerte que las que generalmente experimenta el comun de sus descendientes. "Sereis iguales á Dios sabedores del bien y del mal." Medítense con detencion todas las circunstancias, la novedad del ataque, la directa intervencion de un espíritu superior y maligno, pero lleno de astucia y sabiduría, lo pomposo de la promesa; y compárese todo esto con las tentaciones á que con tanta frecuencia sucumbimos, cuando ya estamos desengañados de que solo sinsabores hemos de paladear en el pecado, principalmente los que sabemos que es enemigo de nuestra raza, el espíritu que nos seduce para causar nuestro mal. Prevenimos esta objecion; pero pertenecen á la Teología otras esplicaciones, puesto que nosotros solo tratamos la materia hasta donde alcanza la luz natural. Proseguimos nuestro asunto.

El Ente infinito es un oceano de perfec-



ciones y los atributos que le reconocemos no implican una distincion y separacion verdadera. Para las inteligencias finitas necesarias son las divisiones puramente especulativas ó mentales que presenten las ideas complexas bajo cierto método sucesivo que las haga mas adaptables y comprensibles, aunque no sea posible una separacion práctica. Sin este método artificial ¿cómo podríamos abarcar tanta grandeza como en el ser divino vislumbramos? pero en Dios no hay division ni diferencia en las perfecciones, lo que implicaria límites, é importaria por lo mismo contradiccion en la esencia infinita. Por eso no se pueden separar realmente su misericordia y su justicia; y ni una ni otra de la sabiduría ni de las demás perfecciones, ni suponer en estas mayores grados que en las otras, como en las criaturas que, solo son reflejos de la divinidad; y así es que observamos en la creacion que resplandecen simultáneamente todos los divinos atributos.

Veámoslo si nó: el hombre, ser inteligente y libre, tan magníficamente dotado por su hacedor y con un destino inmortal, tiene la imperiosa necesidad de conquistar laureles inmarcesibles, ó de ser desgraciado eternamente; y si hay superioridad en las dotes recibidas entre unos y otros, hay tambien ma-

yores obligaciones. En los demas seres terrenales hallamos que, ó son del todo insensibles, ó gozan de una felicidad muy pasajera y contrariada, pero sin que se les espere pena ni recompensa de ninguna clase para despues de sus dias.

Seria tan absurdo que, una cosa existiese y dejara de existir á un mismo tiempo, como que el hombre mereciera sin poder delinquir: ¿dónde estaba el mérito, los títulos de supremacía y los derechos para obtener una recompensa inmortal?

Pero me direis como muchos "Cuántos hay á quienes la Providencia los ha dotado de una manera tan desventajosa que parece que los ata indefectiblemente al mal." Vosotros solo percibis la superficie y jamas quereis descender á ver las cosas en su verdadero fondo, sin embargo de que sentis de muy diversa manera habitualmente, pues siempre os dará en cara la maldad y atribuireis la culpa al que la comete, sea cual fuere su índole y educacion.

Si recorremos los criminalistas de todos los países nos enseñarán que, nunca el hombre llega al refinamiento del mal de un solo paso, sino por una difícil y bien marcada graduacion. Hombres hay que han endurecido su alma y que dan un rumbo muy torcido á sus



ideas y propensiones, pero aun en este estado tan infeliz, la misma Providencia que físicamente los sostiene, los guía para que puedan vislumbrar el camino que conduce á la felicidad eterna; y mientras mayores sean los obstáculos que se tengan que vencer por los hábitos arraigados y por la perversion de corazones sin calor y debilitados, tanto mayor será el auxilio de una Providencia infinita en misericordia, y la inmensa recompensa que se recibirá de ese nuestro gran Dios que es justiciero.

Si el hombre no tuviera como guía la razón y el sabio directorio de una voz interior que le enseña con mas eficacia que pueden hacerlo los maestros y los libros, parece que la educacion decidiria absolutamente de la moral, y seria inicu el castigo que se aplicase al delincuente, ignorante ó mal aconsejado; pero es inconcuso que todo hombre comprende cuando obra mal y que distingue perfectamente el bien, en sí y en otros, por una verdadera intuicion. Ademas, si esparcimos inquisitivamente nuestra vista por todas las sociedades, observaremos que, no es mejor la conducta de los sabios que la de los sencillos é ignorantes. Buscad entre los primeros la fuente de los errores mas trascendentales en moral, y el origen de los mas

grandes crímenes que infestan la tierra. Examinad cada una de las grandes sociedades y las familias privadas, y hallareis una escala asombrosa en la moralidad de cada uno de los individuos, á pesar de que estén todos nutridos con una misma ciencia y educacion.

La mejor ó la peor índole, me contestareis, es la que produce semejantes fenómenos, pero yo no entiendo lo que me quereis decir: ¿á qué llamais buena ó mala índole? Yo solo percivo propensiones diversas en los hombres que puede dirigir á su albedrío. El genio, el carácter son indiferentes al bien y al mal, son los variados coloridos que deben figurar en una pintura celeste; todo es su uso y nada mas. Aquel hombre despótico y altanero que todo lo pretende subalternar á sí, y que es una amenaza y una contradiccion constante para todos los que le cercan, ha empleado mal las fuerzas de una índole enérgica y vigorosa: en aquel jovencito dulce y moderado que forma el encanto de cuantos le miran, y que parece haber sido hecho de distinto barro que el del comun de los hombres, ya empiezan á germinar vergonzosas pasiones; y ese encanto y esa suavidad y benevolencia que le hacen tan atractivo, acaso las empleará dentro de muy poco en reprobadas y vergonzosas intrigas. No será un tirano, un déspota ¿pero po-



dreis asegurar que no sea falso, traidor y fe-  
mentido?

Desgraciadamente, muchos desde muy temprano, y cuando apenas se les percibe por los demas, abusan de los dotes que les dió la Providencia para que los utilizaran en bien suyo y de sus semejantes; y cuando llegan á ser comprendidos están muy avanzados en el mal, y es muy difícil el remedio, pero nunca imposible. El descuido en nosotros mismos y la orgullosa confianza propia son la mala yerba que roba el jugo á las plantas hermosas de las virtudes, fructificando á costa de estas hasta estirparlas del todo y apoderarse del alma ya completamente. Mas bien que acusar á la Providencia de esas que llamamos propensiones naturales, asociémoslas desde lo mas temprano que ser pueda, con las ideas que nos sugiere la ley natural y desaparecerá la dureza y el ensimismamiento de corazones elevados y enérgicos y la voluble falsedad de almas dulces y generosas que como tierras fértiles y exuberantes, son tambien mas propensas á nutrir toda clase de reptiles, los mas nocivos y venenosos.

Un carácter suave y tranquilo dirigido al bien, es como el claro manantial cuyas orillas están bordadas de risueños prados esmaltados de flores y de frondosas arboledas donde

se anidan las canoras aves, en tanto que el genio impetuoso se asemeja al rio caudaloso cuyas aguas si se desbordan lo arrazan y destruyen todo; pero que encerrado dentro de los fuertes diques de la razon y de la justicia, nada es mas útil, mas sublime y magestuoso. Ahí están los Pablos, los Agustinos, los Antonios y otros muchos que supieron contener el ímpetu de sus pasiones y la inmoralidad de su siglo, fijando con mano vigorosa, el rumbo que debian seguir las sociedades.

Pero apuremos gota á gota la amarga hiel que destila el corazon de los patriarcas de la incredulidad contra la Providencia divina, que paciente los tolera, para prevenir el veneno de esas sierpes ponzoñosas. Sobradas veces hemos oido decir: "¿Pero por qué me ha criado Dios si soy tan infeliz?"

¿Quién será tan desnaturalizado que deje de agradecerle á sus padres la existencia y que no se sienta movido por solo este inmenso beneficio á tributarles el mas tierno amor y la veneracion mas respetuosa? Vosotros los que presumis de sabios y de filósofos sois los que pisoteais atrevidos los títulos que tienen los autores de vuestros dias á vuestro amor y gratitud ¿No es una carga que os pesa insoportablemente la que les debéis? ¿No



os abrumba y maldecis la existencia que os han dado? Preciso es defenderos de vosotros mismos si sois padres, preciso es evidenciaros si sois hijos, porque son tan sagrados los derechos paternales que se identifican con la misma religion en todos los pueblos.

Es un adagio vulgar el de que "á nadie le pesa el haber nacido:" si sois vosotros la excepcion, ya me sospechaba que erais unos excéntricos, incensatos, ó mentirosos y delirantes. ¿Pero tantos como se suicidan? ¿Tantos decís? y podreis asegurar que les pesó haber nacido: todavía menos, que les hastiaba la existencia.

Dejemos á un lado á los que por un extravio mental atentan ciegamente contra sus dias, hay otros que por una excesiva debilidad física y moral, las mas veces provenida de excesos libidinosos, son asaltados con frecuencia por semejantes accesos, y estos á la verdad no distan mucho de los anteriores, por lo que nos contraeremos únicamente á los que con todo conocimiento atrevidos abrevian el curso de sus dias sobre la tierra.

Triste es la condicion del hombre y llena de inconsecuencias y de contradicciones monstruosas; los mayores bienes porque debe anhelar la humanidad, los sacrifica á las bagatelas mas ridículas é insignificantes; la vida

del cuerpo la antepone á la espiritual; y mereciéndole aquellas atenciones tan esmeradas, ¡con cuánta frecuencia se hace alarde de aventurarla vanamente! Respetemos á los que ofrecen un don tan precioso en desempeño de sus deberes, ó para conseguir un alto objeto, á semejanza del mártir del Calvario que se entregó á la muerte por el bien de los humanos; pero contestadme de buena fé ¡todos los que aventuran diariamente su vida, es porque están cansados de existir? Examinadlo detenidamente: allí teneis á un bandido que afronta los mayores peligros por un puñado de oro que gasta inmediatamente y sin provecho; mas allá veis un bufon que solo por hacer reir se espone á las mayores desazones y á la misma muerte, de la que ya otras veces ha escapado con dificultad; por el otro lado encontrareis un pendenciero que insulta y desafía para conservar el título de camorrista con el que está engreido. Recorred, en fin, cada uno de los goces, vicios y pasiones á que se entregan los mortales y los sacrificios que se hacen para contentar los desarreglados apetitos, y convendreis conmigo en que, el de la pérdida de la vida, no importa precisamente que esta cause tédio y un insoporrible hastío.



Como ante el ídolo Jaggernaut, movidos por el aplauso de un pueblo supersticioso se precipitaban tantos fanáticos para ser despedazados por el carro terrible de tan impotente deidad, hay tambien mártires de un necio romanticismo que los impele á un repugnante y costoso sacrificio en aras del bien parecer ante los ojos de los insensatos. Grato es á muchos que se hable de ellos cuando sus dias corren desapercibidos de los demas, proponiéndose ser animados actores de un drama real, pero terrible y sangriento. El desprecio de la vida, el heroico valor de preferir la muerte, la esquisita sensibilidad en un amor contrariado, la elevacion de espíritu que se hastia de la vida porque todo en ello es mezquino para las almas sublimes y elevadas: la noble delicadeza del que no puede soportar una cadena de miserias é infortunios, de humillaciones y deshonra; estas y otras pueriles laudatorias tributadas en las tertulias y cafés, en las novelas y periódicos, son la aureola gloriosa que se anhela para tocar en las sublimes puertas de la eternidad, antes de ser invitados á la recepcion en tan augustos salones; ¿pero solo con el suicidio preferimos una pasajera alabanza á todos los bienes eternos?

No tengo por objeto demostrar la gravedad de un delito que es la rebelion mas completa

contra la divinidad y que le arrebatara un derecho que solo á ella le pertenece; de un delito que es el desaire mas grosero á todos sus dones de una vez y el absoluto desprecio de su bondad y de su inflexible justicia; ¡infelices mil veces los suicidas, y desventurados tambien sus panegiristas! Lo que yo me he propuesto patentizar es que, ese odioso delito no implica precisamente el tedio de la vida, sino que hasta esta en su mas grande estima la empeñamos en el mas frívolo albur y la sacrificamos muchas veces, por una insignificante y muy necia bagatela. Por eso no es conveniente con los frívolos propagadores de tan pernicioso cáncer, tomar la cuestion á lo serio y tratarla de una manera filosófica. ¿Qué importa para ellos contravenir á los impulsos de la naturaleza y oponerse á los decretos del autor de la vida dándose la muerte, si uno y otro dirán que es sublime y que es grandioso? En vano direis que es cobardía no afrontar con ánimo sereno los sufrimientos, en vano alegareis que es racional aguardar la vindicacion en las calumnias, la expiacion y reparacion de los hechos deshonrosos y que un amor puro y santo curará las llagas de una pasion insensata. En vano presentareis á una familia desolada cuya miseria y desgracia va á aumentar el que pone